



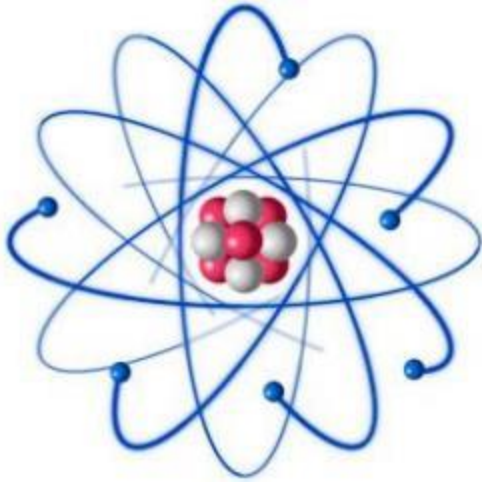
El Espíritu Santo en el universo evolutivo

Textos del teólogo y sacerdote católico australiano
Denis Edwards





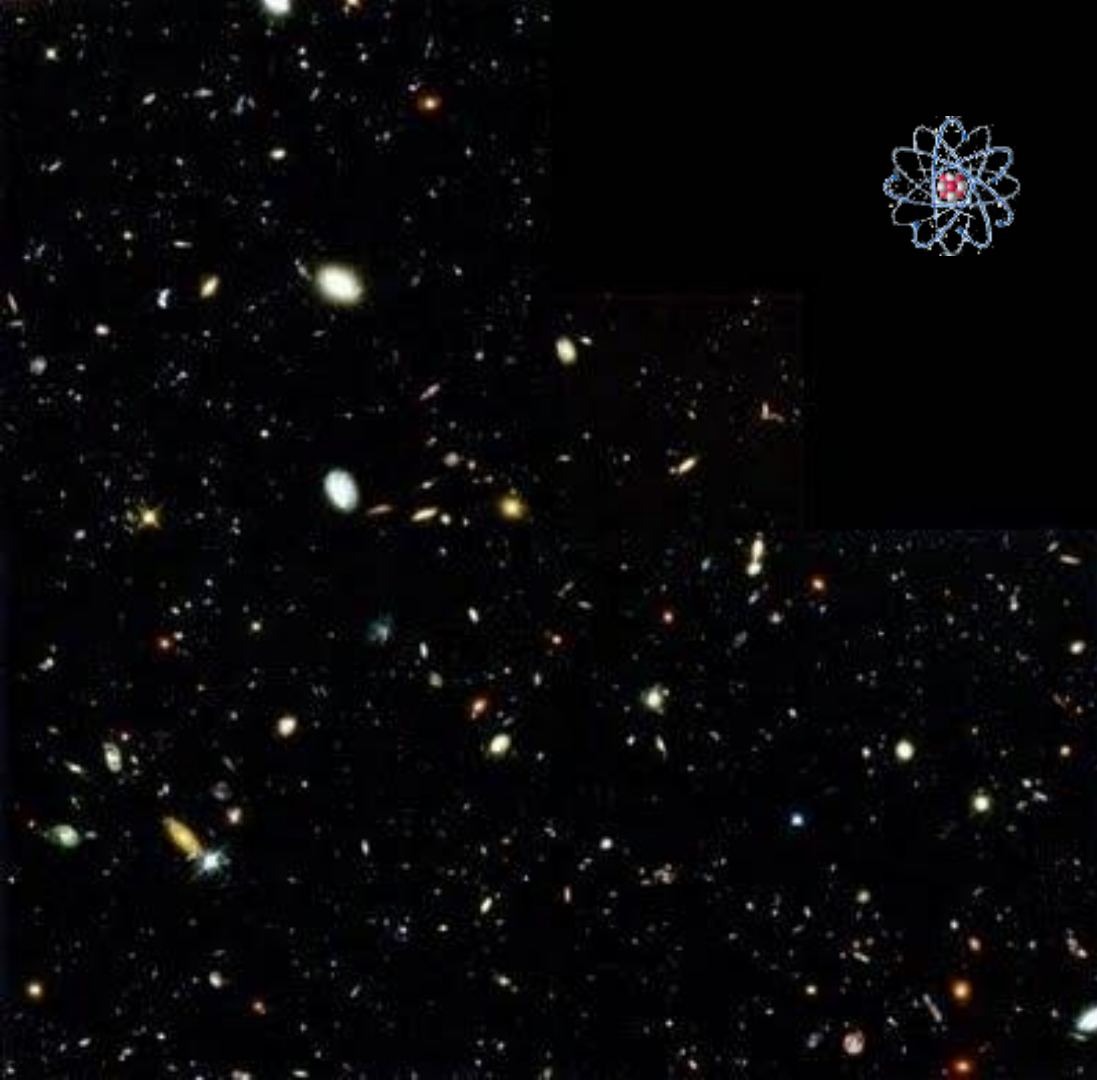
Somos parte de un universo compuesto por más de cien mil millones de galaxias en movimiento que, a partir de un estado minúsculo, ha ido expandiéndose y evolucionando durante los últimos 13,7 millones de años.



Historia de un átomo de carbono



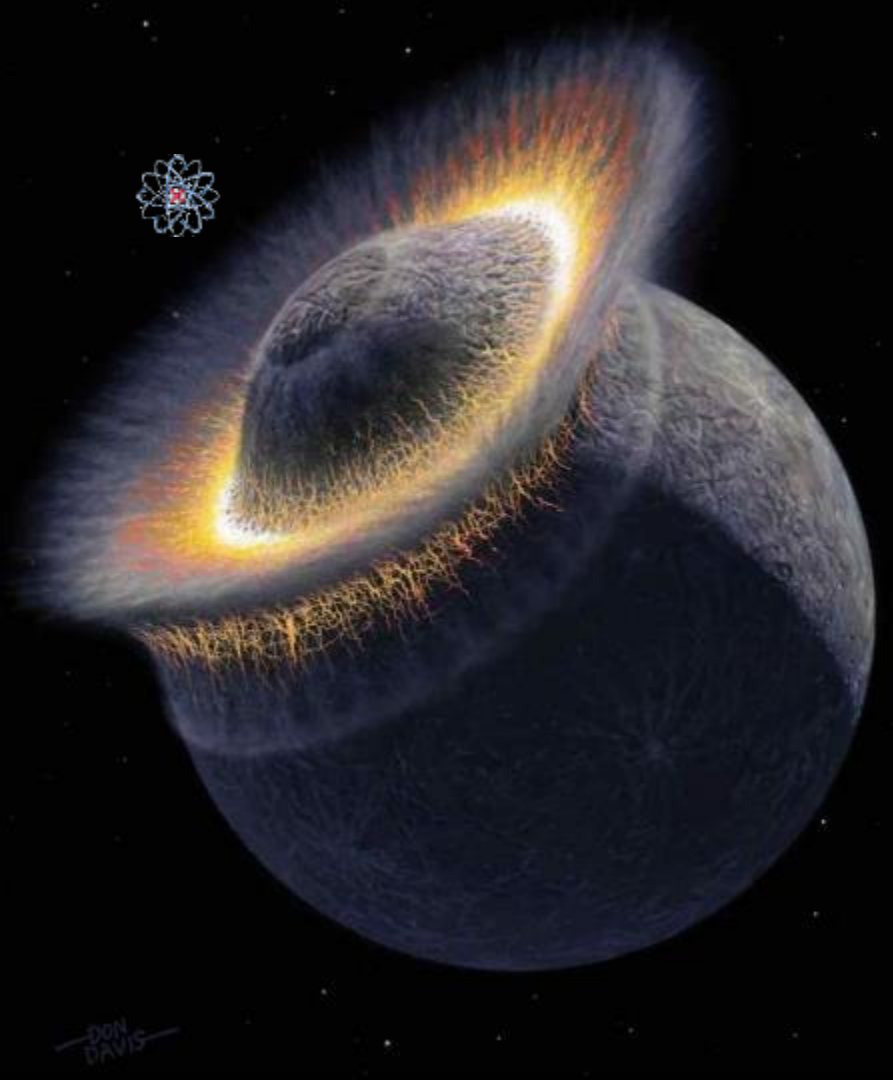
Imaginemos un
átomo de carbono
nacido de una
estrella que acaba su
vida en una
explosión de tipo
supernova.



El átomo es lanzado
al espacio, donde
va errante durante
miles de cientos de
años.



Finalmente se encuentra en una nube de gas interestelar. Esta nube se colapsa bajo su propia gravedad y comienzan a formarse nuevas estrellas. El átomo de carbono pasa a formar parte de un disco gaseoso que gira alrededor de una de esas estrellas: el Sol.



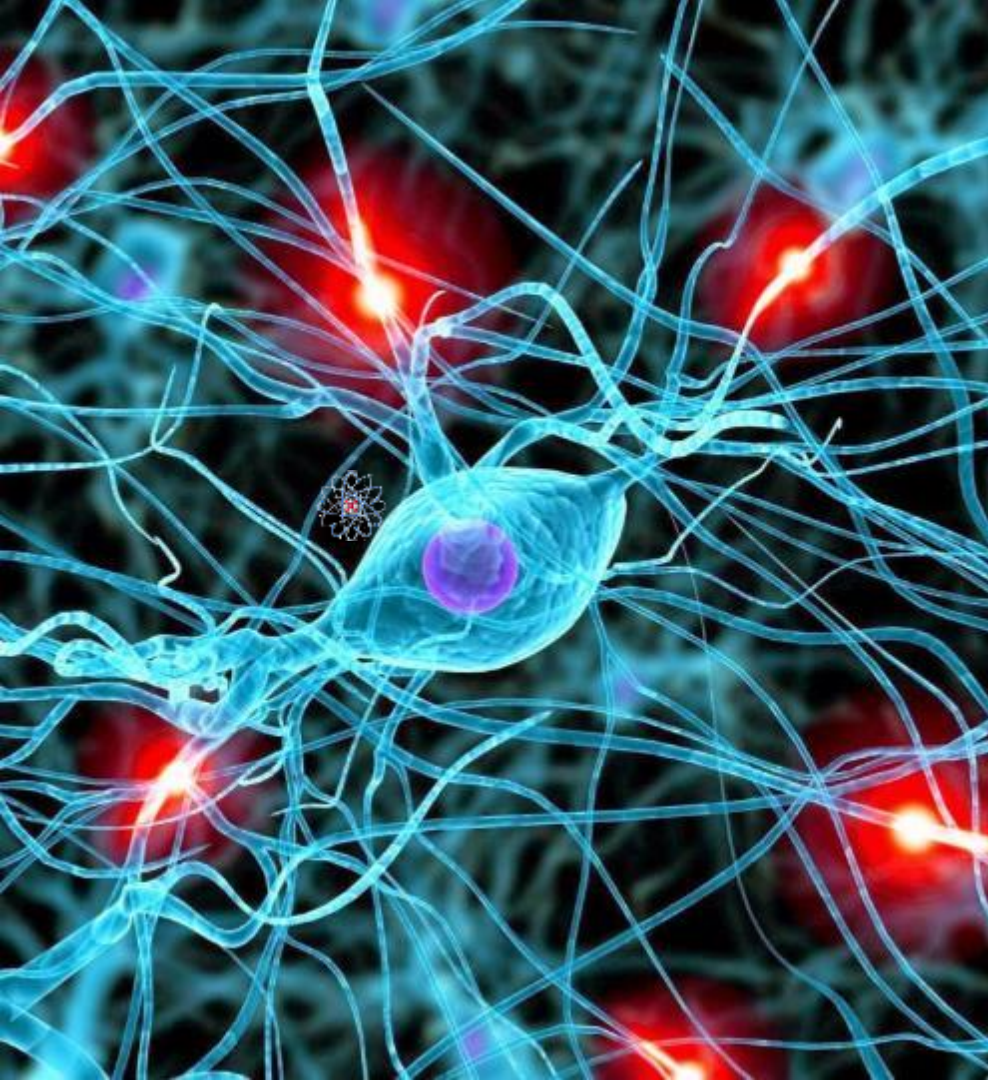
Nuestro átomo de carbono
se integra con otros
materiales en un nuevo
plantea que se está
formando: la Tierra.



Al cabo de millones de años desempeña su propio papel en los procesos geológicos que moldean la Tierra.



Luego nuestro átomo de carbono interviene en los procesos químicos que permiten emerger y evolucionar los seres vivos.



Actualmente este
átomo ha acabado
yendo a parar a
una célula cerebral
del lector de estas
palabras.



SOMOS POLVO DE ESTRELLAS



Estamos íntimamente relacionados con la larga historia del universo y somos dependientes de ella.



La vida en la Tierra ha evolucionado mediante selección natural a partir de las primeras formas de vida microbiana que aparecieron en nuestro planeta hace unos 3,7 millones de años.



La idea de que Dios crea a través de mutaciones genéticas y la selección natural implica un importante cambio en la forma de concebir lo divino.



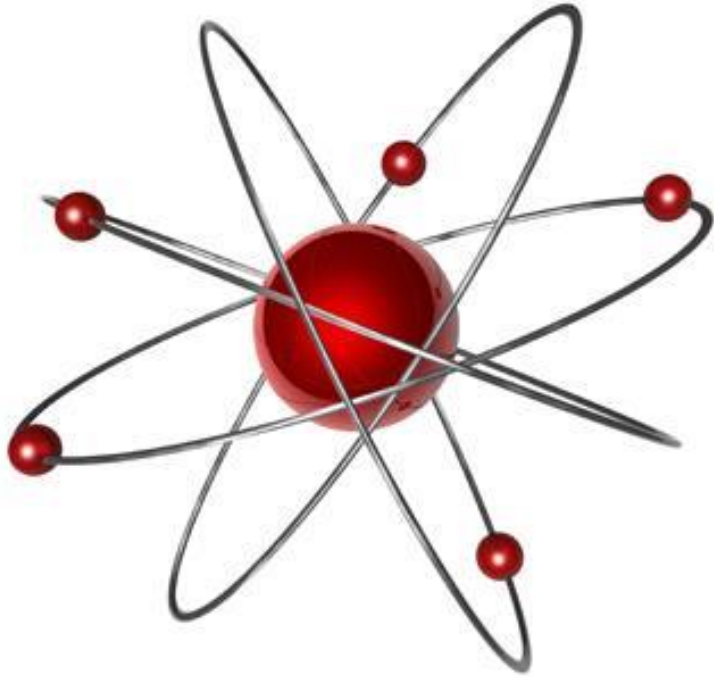
La naturaleza evolutiva del universo nos invita a pensar de nuevo en Dios. Necesitamos una teología en la que el Dios trinitario se vea como la fuente, no sólo de la existencia del mundo natural, sino también de su fecundidad, creatividad y novedad maravillosa.



El efecto de la presencia creadora de Dios en las criaturas consiste en darles la capacidad de transformarse en algo nuevo, en trascenderse de sí mismas.

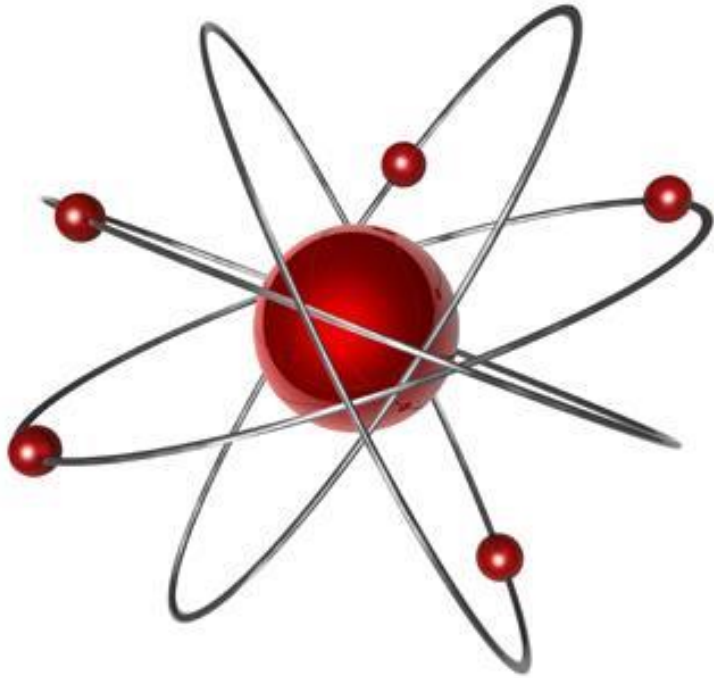


El Espíritu Santo puede imaginarse como la Energía de amor que potencia la emergencia evolutiva de nuestro universo y todas sus criaturas.



El Espíritu está inmanentemente
presente en todas las entidades del
universo.

Potencia las criaturas para emerger
en algo nuevo mediante las leyes de la
naturaleza y los procesos tratados en
las ciencias naturales.



La capacidad para la emergencia es interior a la realidad de la criatura. En el plano empírico de la ciencia, la emergencia de lo nuevo está completamente abierta a ser explicada al nivel científico.

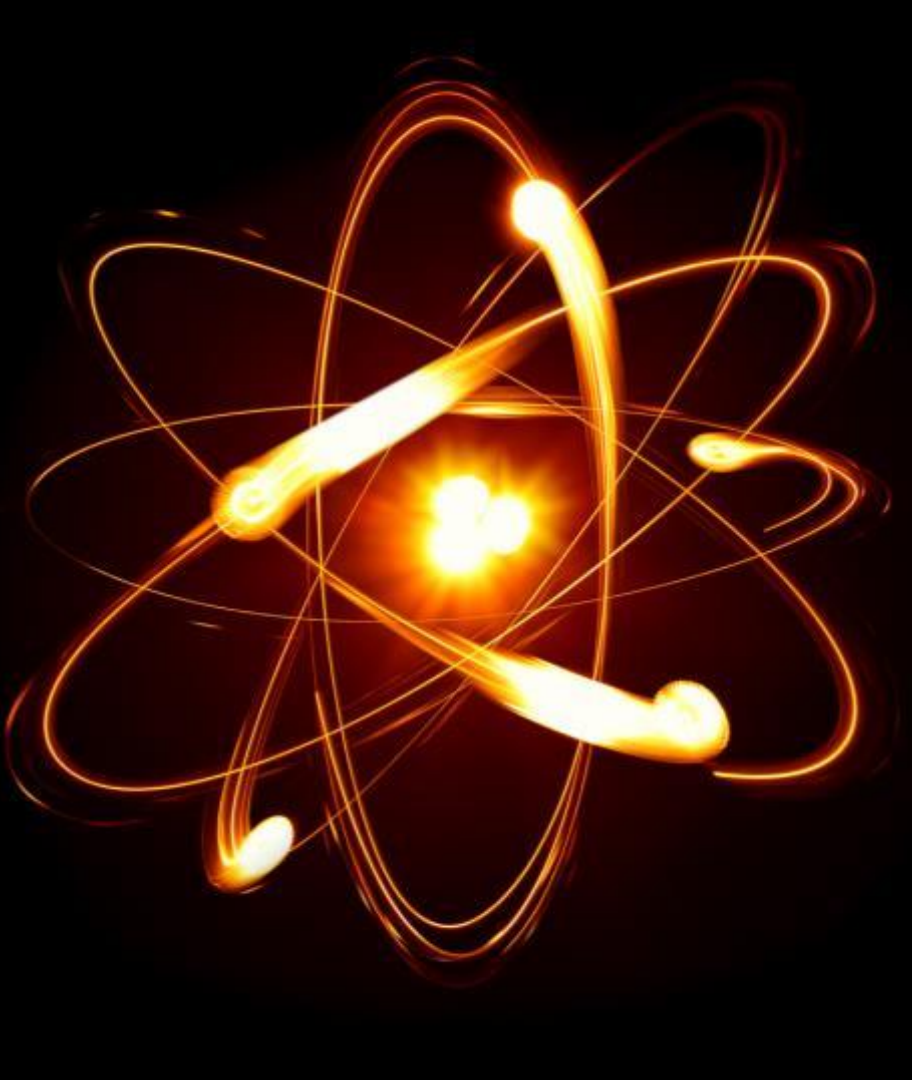
La presencia y acción del Espíritu operan a un nivel que trasciende todo lo empírico.



La emergencia evolutiva es una realidad creatural.
Pero ocurre debido a la presencia creadora en Dios en el Espíritu.



Es la presencia trinitaria de Dios en el Espíritu vivificante la que potencia las criaturas para existir, interactuar y emerger en lo maravillosamente nuevo.



El Espíritu estuvo actuando en la emergencia de los primeros átomos y del universo primitivo, en el nacimiento de las galaxias y estrellas, en el desarrollo de nuestro sistema solar, en el origen de la primera vida microbiana, en el florecimiento de la vida y en la emergencia de los seres humanos con sus cerebros altamente desarrollados.



El Espíritu Santo es el Aliento de Dios insuflando vida en todas las etapas del universo, en sus leyes y condiciones iniciales, en su origen y en su evolución. El Espíritu capacita la emergencia de lo nuevo en cada etapa, desde los primeros núcleos de hidrógeno y helio, las galaxias, el Sol, las formas de vida bacteriana y los seres humanos.



El Espíritu Santo se regocija con el nacimiento de las criaturas humanas, que pueden responder de forma personal al divino amor de autoentrega.

Se les ofrece el don de la gracia santificadora.

Los seres humanos nacen en un universo de gracia, pero también son atraídos hacia la violencia y el mal. Dentro de un mundo así, el Espíritu ofrece libertad y salvación.



Una mujer que vivía en Australia hace 50.000 años vivía ya en un mundo de gracia. Esa gracia no es más que el Espíritu de Dios que la rodea, presente en ella en la apertura de su propio corazón y su propia mente. Porque Dios ha elegido libremente venir a nosotros, abrazar nuestra existencia y ofrecernos amor, es por lo que esa mujer vive en un universo de gracia. Ella, al igual que cada ser humano, puede responder positiva o negativamente a ese ofrecimiento divino. Puede aceptar o rechazar el Espíritu.



Los costos de la evolución



La biología evolutiva nos ha demostrado que la emergencia de la vida tiene costos incorporados en el proceso: depredación, dolor y muerte. Son parte del desarrollo evolutivo de la vida.

Una concepción evolutiva del mundo intensifica el antiguo problema teológico del mal.

Una teología evolutiva de Dios tiene que afrontar este problema.



Dios oye el gemido de la creación.
La abraza en la encarnación y la cruz, y
en la resurrección promete su
liberación y consumación.

Dios se preocupa apasionadamente de
la creación y sufre con ella en su
lamento.

Dios respeta y espera humildemente
el desarrollo de la creación según sus
propios dinamismos.



Nuestras experiencias humanas de
compasión por las demás criaturas,
de ansias por su sanación y liberación
nos dan una idea de las
profundidades infinitas de la
compasión divina para con las
criaturas.



Dios puede ser entendido como creando de una manera que respeta los límites finitos y la propia integridad de los procesos naturales y la libertad de los seres humanos. Dios aguarda el correcto desarrollo de esos procesos y de la libertad humana.